

MEMORIAS DE UNA HOGUERA

(Andrés Escapa, Pablo)Primero

El primer copo vino a morir sobre un pliegue del capote. El muchacho detuvo el paso para admirar aquella memoria frágil con que la nieve se despide del mundo antes de hacerse agua. Volvió a caminar, ahora con el corazón algo agitado por el mal augurio que le alcanzaba cruzando montes, casi de anochecida y poco seguro del camino. ¡Cuántas veces soñó él con ser testigo de una nevada! Cuando lo destinaron a aquellas sierras fue lo primero que pensó. De soles y playas sabía de sobra, y hasta de echar redes donde el mar lo pide, pero de ese milagro del campo puesto de blanco no tenía más idea que la de los calendarios ilustrados. Un copo nuevo se apagó sobre la puntera de una bota, y en seguida vino otro a llorarle en la mejilla. El chico apresuraba el paso y los oídos se le llenaban de un silencio también desconocido. Tan sagrado era aquel recogimiento con que moría la tarde que crecía la ilusión de que podía oírse nevar. Ni siquiera sonaban las pisadas, igual que caminar por un sueño.

De tales fantasías lo despertó un aullido. Y el frío. Venían enredadas en el mismo aire aquellas dos amenazas, la de las bestias voraces y el cielo turbio. El muchacho se embozaba en el capote y casi corría por donde la luz moribunda de diciembre le dejaba ver el sendero. Si es que era ése el sendero, que la voz del señor Francisco bien había advertido lo igual que parece el monte a quien lo desconoce. Y entonces, ¿por qué no había ido él a cumplir con aquel servicio? «No tiene pérdida» –le había asegurado en la oficina–. «Tú no pierdas de la derecha el pico la Estrella». Y tanta pérdida y tanto perder parecían ahora de mal agüero, ahora que no había horizonte por el que guiarse en medio de la tormenta ni estrella que seguir. Debió protestar, pero ni un mes llevaba de servicio, y afeitándose ni dos días, como para andarle con renunciadas al señor Francisco. Además, lo que él dijo, con aquella voz que no admitía sublevaciones: «Esta carta hay que entregarla hoy. La mujer lleva esperando noticias casi un año». Pues entonces igual daba tardar dos días más en llevarle la correspondencia. A buenas horas se le ocurría la disculpa. Sin aflojar el paso tanteó en el bolsillo bajo el capote y puso el sobre ante los ojos: «Milina Castro Brañas», ponía con letra de mala factura. La señora Emilia, que decía el señor Francisco. Allí todos se conocían y se trataban con respeto. Igual que cuando él pescaba con su padre y los hombres se llamaban de usted: «Marcos, pásame un cabo», «señor Ramiro, coja de ahí». Al llegar a tierra se apeaba el tratamiento. Sería el respeto que daba el mar, o el oficio. La carta venía nada menos que de Panamá, volvía a fijarse en el matasellos. Pues nada, no iba él a ahorrarle los últimos kilómetros a mensaje tan esforzado.

Llevaba el muchacho unas cuentas cada vez más inseguras de las indicaciones oídas en la oficina. Qué fáciles parecían los rumbos hacía tan solo unas horas, junto a la estufa de leña. Hasta paró a comer con calma, fiándose del cielo benigno al mediodía. Ahora tocaba correr contra las horas y arañarle a la noche sus sombras y sus aullidos. La nieve que empezaba a cuajar ya no era el feliz encuentro alentado al sol poderoso del puerto, mientras se descargaba la pesca. Bien se lo habían dicho cuando se empeñó en dejar todo aquello: «vas a acordarte de este cielo tan limpio». Y era verdad. Quién pudiera saludar ahora al lucero de la tarde por encima de los mástiles dormidos.

Notaba los pies helados y el frío iba imponiendo su voluntad de detenerlo todo. En un mal paso resbaló y se hizo daño. Cada vez resultaba más penoso caminar, con aquel

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XV, 59 (octubre-diciembre, 2009)

ardor hinchando la rodilla. Parecía que todo se concertaba en contra de las buenas intenciones. Le daban ganas de volver por donde había venido, si es que era capaz de desandar lo hecho. ¿Y si estaba ya más cerca del destino? El señor Francisco le había dicho que el viaje no eran más de dos horas y eso llevaría él de camino. ¿Estaría yendo por donde debía? Ahora dudaba si el roble grande –así, sin más atributos que lo distinguieran de la demás arboleda–, sería el árbol que él había tomado como referencia cuando se desvió. Y después estaba lo de la fuente donde había que dejar el sendero para ir a encontrar una trocha por la que se atajaba. ¿O era un pozo? Se hacía la memoria más vacilante en medio de la tormenta y el chico se detuvo a mirar alrededor. Escapaba el día entre los copos pero aún dejó la penumbra noticia de una oscuridad más densa, al pie de unos peñascos.

El muchacho se acercó rezando: que el miedo, o acaso la fiebre que le nacía en la rodilla herida y le llenaba de latidos el cuerpo entero, no le hiciera ver lo que no había. Rogaba él por una cueva y se le dio una grieta humilde, una hendidura en la peña que servía de amparo a un suelo lleno de hierbajos. Allí se recogió, temblando de frío y de gratitud.

Sentado en aquel refugio el muchacho veía nevar. Los pies le dolían cada vez más de frío y temía que el reposo, ¡ay burlas del destino!, le enfriara la rodilla. ¿Y si luego no podía andar? Arrancó las hierbas que tenía más cerca y las amontonó bajo el saliente de piedra. Urgido por moverse, salió fuera otra vez y quebró escobas y partió ramas con las manos. Cuando se agachó junto a la cosecha que debía alimentar el fuego, sudaba. Malgastó una cerilla, y dos, y tres, que solo produjeron un humo muy gris y muy espeso. Aquella hoguera pedía una chispa más perenne para nacer. Se acordó del cigarrillo, el que guardaba para la vuelta. Lo encendió y con ávidas caladas animó su brasa. Cuidadosamente lo arropó entre las hierbas. Con esa lentitud que delata las penurias físicas, se tumbó en el suelo para avivar soplando aquel minúsculo corazón de fuego. Y por fin brotó la llama.

La noche prematura hacía más vivo el fulgor de la hoguera. Pero eran llamas alocadas, que habían devorado los hierbajos en un santiamén. Se agotaba aquella alma fogosa antes de hacerse firme entre el ramo de escobas. Todo se iba en chisporroteos y humareda por el aire. El chico estaba angustiado pensando en cómo estirar la vida de la lumbre. Y de pronto se acordó. Se acordó de la carta que guardaba en un bolsillo, bajo el capote. La sacó con prisa y antes de pensar lo que hacía ya había rasgado el sobre y echado ese recorte sobre las tibias ascuas, que parecieron renacer. No podía descuidarse y rompió otro borde, y luego otro, y pasó a destrozos mayores que alcanzaron a destripar el sobre y a echar al fuego la mitad menos vistosa. La verdad es que daba pena quemar lo de delante, con aquel sello tan bonito. Vaya un respeto, pensaría el señor Francisco cuando se enterara. Se animaba otra vez el fuego y ya empezaban a florecer llamitas como lágrimas en los tallos más finos de la escoba. El chico sujetaba tres pliegos de letra menuda en la mano sin saber qué hacer. Bien se veía que el de Panamá había esperado mucho a dar noticias: «Querida madre, Dios la guarde al recibo de ésta, que va ya para nueve meses de mi ausencia...», y por allí iban discurriendo nuevas de un viaje en barco, con recuento de olas y mareos, y luego venían palabras para decir los peligros y el calor de aquellos páramos, tan distintos de los montes familiares, y el esfuerzo de los hombres abriendo brecha en la selva para hacerle sendero al mar. Iba a ser cosa de ver aquel paso cuando estuviera abierto. Un día, a él y a unos cuantos más, les había explicado un ingeniero, aprovechando una rodera encharcada del suelo y una monda de naranja que hacía de barco, cómo el agua era capaz de levantar más de treinta

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XV, 59 (octubre-diciembre, 2009)

metros a un buque de cien toneladas. El chico iba leyendo con prisa porque el fuego pedía más materia para asentarse. Y así, cuando las llamas fueron ya firmes en la escoba y de ahí extendieron su dominio a las ramas cortadas que ponían techo a la hoguera, centenares de hombres habían muerto de fiebre y otros agonizaban a diario, todos recordando alguna cosa perdida en la lejanía que habían dejado atrás por ganarse unos pesos, lo mismo un nombre querido que unas promesas olvidadas en un baile, un día de fiesta. Y ardieron también letras para consolarse de fatigas: un corte de machete le había dejado sin dos dedos en un pie. Al menos la herida le había valido para descansar en la enfermería de tanta miseria. Y para jugar a las cartas durante el reposo. Ahora estaba el problema de cómo se valdría al salir, porque allí no faltaba a quien mandar y a un lisiado no lo querían donde mejor se pagaba. Pero ya había hablado con uno que tenía mano con los jefes para que, por lo menos, le dejaran en alguna de las cocinas. Cualquier cosa antes que volver igual de pobre que había ido.

La última hoja de la carta se consumió sin vacilaciones, en la soberbia de un fuego seguro que ya no guardaba agradecimiento por la entrega. El chico notó que se le calentaban los pies, por fin. Y las manos y el pecho. Perdido en las llamas, se acordó de lo que le faltaba: otras noches como aquella, pero bien cálidas y con el arrullo del mar al fondo. Sobre la mesa, la fiesta del arroz con los pescados, la alegría del vino familiar y las canciones. ¿Cómo era aquello que entonaba su tío? Algo de unos marineros que remaban hasta el Portal. Se frotaba la rodilla hinchada mientras la memoria lamía dulcemente las heridas. Y aquella friega absorta pareció extenderse fuera de la grieta donde él yacía para ablandar los pliegues de la noche hasta abrirlos poco a poco y que se vieran las estrellas en el cielo. De pronto se dio cuenta de que había dejado de nevar, de que había luna y se extendía su candor sobre la tierra inmaculada. Parecían seguros los caminos en la noche blanca y saliendo del refugio divisó, al fondo de una hondonada, una lucecita. Ahora el pico la Estrella resplandecía bajo los cielos abiertos, a la derecha mirando valle abajo, como había dicho el señor Francisco que había de ser. Y el muchacho, alumbrado por la luna, cojeó monte abajo, como un torpe insecto atraído por la luz. A su espalda, fue enrojeciendo la hoguera hasta ser solo una memoria de ceniza.

Llamó a la puerta. Dentro no se oía un ruido pero aquella era la casa. Otra no podía ser. Tenía sobre la entrada el farol que le habían dicho, la luz que se ahondaba en la noche desde que el hijo cruzara el mar. Volvió a tocar sobre la madera, con más fuerza. Oyó unos pasos que se acercaban y la voz de una mujer que preguntaba desde dentro. Vaciló él un momento antes de responder pero enseguida le vibró la voz en la garganta, orgullosa de triunfar tan cumplidamente sobre la intemperie.

—Soy el cartero.

La mujer no dejaba de escuchar a aquel joven. Le había puesto asiento y una manta sobre las piernas, que aún temblaban cuando entró. Le oía ella hablar con las manos juntas sobre el pecho, como si amparase al corazón de tantas emociones. Poco a poco fue arrodillándose junto al recién llegado, al que las llamas del hogar le ponían resplandores en el rostro. Y casi se diría que en la voz, que sembraba noticias luminosas del hijo ausente, de cuánto lo querían en Panamá y de cómo lo buscaban todos, que siempre tenía palabras de consuelo para quien las demandaba en medio de aquellas fatigas. Hasta dio ejemplo de entereza cuando se cortó con un machete y siguió yendo a trabajar, que todo su empeño era que se acabara pronto la obra. Bien sabía él que poner

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XV, 59 (octubre-diciembre, 2009)

fin a aquella empresa era redimir del sufrimiento a cuantos trabajaban. No era extraño que los ingenieros del canal le tuvieran prometido un sitio de preferencia para él y su madre cuando se diesen la mano los dos océanos. Juntos iban a disfrutar de aquel milagro en primera fila, si no era a proa del primer barco que cruzara. La mujer asentía a cada palabra y había un brillo en sus ojos, una fe hecha de lágrimas contenidas que animaba al cartero a seguir extendiendo aquella buena nueva, la del abrazo de los mares por obra y gracia del hijo ausente. Y lo que iban a agradecerlo los pescadores de medio mundo, se le ocurrió añadir, que antes tenían que dar la vuelta entera a América para volver con el pescado.

Quedó la casa en silencio tras tanta promesa de venturas. La mujer levantó los ojos hacia el muchacho. Crepitaba la lumbre del hogar como un responso que se perdía chimenea arriba, hacia la noche inmensa. Y habló la señora Emilia como los náufragos que piden una tabla, aunque sea pequeña, para afianzarse sobre tanto mar. ¿No había quedado nada de la carta que pudiera ella tener? El muchacho se levantó de la silla donde le habían sentado con mucha cortesía y buscó en lo más hondo del capote. La mujer se puso en pie para recibir lo que una mano temblorosa le ofrecía. Sobre un trozo de papel leyó su propio nombre, escrito con una letra tosca y esforzada. Los ojos no hacían más que ir y venir por aquella escritura, como si la acariciaran. También los dedos repasaron los trazos y parecía que todos los movimientos los guiaban la dicha y la incredulidad.

–El remite también tuve que quemarlo –se disculpó el cartero.

Pero allí seguía la mitad más luminosa del sobre, la del destino que desea quien escribe, y triunfando de todas las tribulaciones, ahora lo veía ella, aquel sello en la esquina. Nada menos que la Virgen acunando al Niño. Y san José como embobado junto a ella. Si hasta asomaba la mula al fondo, y el buey, aún melancólico bajo el manchón de tinta del matasellos.

La mujer se llevó aquel trozo de papel a los labios y cerró los ojos. Al muchacho le pareció que su presencia interrumpía algún misterio sagrado y empezó a girarse hacia la puerta. Iba cojeando. Pero no había dado el tercer paso cuando oyó que le decían a su espalda,

–Usted se queda a cenar, que bastante anduvo ya por hacer buena la noche.